**FUNERAL POR EL ETERNO DESCANSO DE**

**D. BERNARDO FERNANDEZ FERNÁNDEZ**

**San Martín de Torre, 10 de octubre de 2016**

El salmo 26, que tantas veces rezó nuestro hermano sacerdote D. Bernardo en las Vísperas, nos invita a esperar siempre en el Señor y a buscar su rostro para contemplarlo eternamente. Dice así:

Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro».
Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro…

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor.

Todos los hombres sienten en su interior una llamada a salir de sí mismos y buscar la trascendencia, el Misterio de Dios que es bondad, belleza y verdad. Algunos se quedan admirando sólo las huellas de ese Misterio insondable que son las criaturas y el propio universo. Se quedan en el umbral de la fe, en el comienzo del camino. Se cansan de buscar y, fatigados espiritualmente, no quieren penetrar en el Misterio para contemplar el rostro de Dios. Los creyentes damos un paso más y tenemos la osadía de adentrarnos en el Misterio porque deseamos contemplar el rostro de Dios. Seguimos hasta el final la llamada del Misterio que resuena en nuestra alma invitándonos a buscar el rostro de Dios, esperando gozar al contemplarlo de su gloria en el país de la vida.

Lo hacemos, no por nuestras propias fuerzas sino movidos por la confianza en Jesucristo que salió de Dios y en su gracia que nos desvela su amor y nos hace partícipes de su vida celestial.

¿Cómo puede contemplar un hombre la belleza del rostro divino si, como nos dice San Juan “a Dios nadie lo ha visto nunca”? ¿Cómo contemplar su gloria si es aquella que ni el ojo vio ni el oído oyó? ¿Es posible, a los ojos humanos contemplar el rostro de Dios y gozar de su dicha? Es posible con los ojos del alma en la medida en que nuestra alma se une a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Los místicos son una prueba de esta posibilidad de “ver” el rostro de Dios y participar de su dicha ya aquí en este mundo. Esto es lo que reflejan muy bien tanto San Juan de la Cruz en el “Cántico espiritual” y en otros poemas escritos como Santa Teresa de Jesús en el libro de la Vida donde relata sus arrebatos místicos.

San Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *Tertio Millennio ineunte* escrita con motivo de la conclusión del Jubileo del año 2000 nos invitaba a todos los cristianos a contemplar el rostro de Dios en el Rostro de su Hijo Jesucristo, un rostro para contemplar como Hijo, doliente y resucitado. Porque el Hijo se hizo carne y en él podemos contemplar su gloria, la gloria que tenía junto a Dios. Ahora bien la visión de Dios plena y la dicha consecuente sólo la podremos tener al final de nuestra vida, cuando el Señor nos llame a su presencia el día de nuestra muerte. Mientras tanto es necesario vivir en la espera y decirnos a nosotros mismos cada día las palabras del salmista: “Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor.” Y confiar, confiar Jesús y en la promesa hecha a sus discípulos. “Allí donde yo esté estaréis también vosotros”. Para alimentar esta espera y no caer en el cansancio espiritual y en la desesperanza es necesario seguir el consejo que san Juan Pablo II nos proponía en la exhortación antes citada: “Sólo *la experiencia del silencio y de la oración* ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio, que tiene su expresión culminante en la solemne proclamación del evangelista Juan: « Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad”

Nuestro hermano D. Bernardo vivió su vida sacerdotal buscando contemplar “el rostro de Dios” y esperaba que llegara este momento de la muerte para gozar de la dicha del Señor en el país de la vida” Toda su vida sacerdotal tiene sentido desde esta búsqueda incesante del rostro de Dios. Buscó contemplar el rostro del Señor en la oración diaria de la liturgia de las horas, en la caridad pastoral que movía su corazón a amar a todos sin excepción, en la meditación de la Palabra que después exponía a los fieles en la homilía y, sobre todo, contemplaba, aunque velado todavía, el rostro de Cristo resucitado en la celebración de la eucaristía. Esta contemplación del rostro de Dios realmente presente en la eucaristía le empujaba a contemplar el rostro del Señor en los enfermos, en los pobres y necesitados de sus parroquias. D. Bernardo entregó su vida sacerdotal al servicio de nuestra diócesis de Astorga como párroco, desde el año 1955 hasta el año 2008, de las parroquias de Jiménez de Jamuz, Herreros de Jamuz y Tabuyuelo; a las que se unió en el año 1984 la parroquia de Quintana y Congosto. Más de cincuenta años con vosotros, queridos feligreses, invitándoos a contemplar el rostro de Cristo especialmente dolido en su Pasión y muerte. Se preocupó de mantener viva la fe católica en estas parroquias invitándoos siempre a la conversión del corazón, a la unión con Cristo y a la esperanza en la vida eterna.

Hoy nuestro hermano, traspasadas ya las barreras del tiempo y del espacio está ya en las manos de Dios. Hoy sus hermanos aquí en la tierra, unidos a su familia de sangre, le pedimos al buen Dios que definitivamente lo admita a contemplar la belleza de su rostro y le haga partícipe de la dicha del cielo.

 Y mientras tanto los que seguimos caminando en este mundo le pedimos al Señor que haga “brillar su rostro sobre nosotros” para que contemplando la belleza y la verdad de su amor, vivamos como hijos de la luz y nuestras vidas sean también luz que iluminen a otros para que puedan contemplar el rostro de Dios en sus vidas y un día gozar de la felicidad de los santos por toda la eternidad.

Acudamos a la Virgen María, madre de Dios y madre nuestra, que contempló en el rostro de Dios en el rostro Jesús, niño, adolescente y martirizado en la cruz. Ella nos muestra el camino para contemplar al Señor y vivir unidos a Él hasta el día de nuestra muerte.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga